

Relato Corto

Onicofagia

Consuelo Giménez Pardo

Secretaria Académica de la Facultad de Medicina y Ciencias de la Salud; consuelo.gimenez@uah.es

Era según recordaba, la duodécima vez, el décimo segundo intento con el consiguiente juramento de no morderse más las uñas y, todo, desde protegerlas con guantes hasta ni mirarlas le parecían de pronto los únicos mecanismos innovadores de esta bien intencionada última vez.

Todo resultaba inútil, sin embargo. Una mirada, un rápido arañazo y volvía a comenzar quién sabe cuándo. “Onicofagia” decía con tono jactancioso cuando le preguntaban “¡Ah! pero ¿te muerdes las uñas?” y las respuestas, que no dejaban de ser de lo más variopinto, no le quitaban de encima la sensación de formar parte de una secta.

“Una adolescencia como la de todos”, pensaba. Colegio de curas, primer cigarrillo en el retrete, viaje a Inglaterra por Navidad, destape, porro y primer polvo inocente bien entrados los dieciocho. Después de la Universidad, dos divorcios, tres hijos, coche, piso, aunque pequeño, en la calle Madre de Dios -como un retorno- y un trabajo de comercial que le reportaba los dividendos.

Pero seguía mordiéndose las uñas y, últimamente, con insistencia.

“Lo de Carmen pasó hace años y esa no puede ser la causa”, pensaba preocupado. Dos visitas a un psicólogo, hermano recomendado de un compañero de oficina, y sesenta euros por sesión “pero solo la primera, ¿eh?” y salió por fin, curado de un complejo de Edipo que, según su eminencia, lo atormentaba.

Ahora, a menudo, se analizaba.

Recordó que lo de Carmen había comenzado, como todas las cosas, por casualidad. Un día al cine, otro de copas y así, casi sin quererlo, habían transcurrido seis años de un casero y perfecto noviazgo, con suegra gorda, tocona y pescanovios. Innumerables discusiones sobre la píldora, el aborto, la marihuana y el amor libre, ocupaban las tardes de la pareja. Después de un primer casto beso, sobrevino una tocada torpe de tetas, como de refilón, un “Jaime, todavía soy virgen para ti” y el pinchazo una tarde de mucho calor.

Mellizos.

Al final resultaron ser diez los años de monótona felicidad compartida, de televisión, de colegios de pago, de vacunas y de las primeras gamberradas de un hijo que ahora era robacoches; el otro, abogado.

A pesar de todo, le gustaba pensar en sí mismo como “un marido perfecto, fiel, cumplidor en la cama y padre ideal”. Así, cuando sin ninguna historia seria por la que complicar su felicidad, y acomodado en el sillón en el que pasaba sus tardes; cuando ya se había decidido a levitar por la vida esperando a la vejez y a la muerte, como el que espera al autobús, Carmen llegaba un día y le decía algo parecido a “Jaime he ido al médico, ya sabes, al ginecólogo, y ha dicho que mi aburrimiento tiene que ver con la menopausia”.

Pero su menopausia se llamaba Florián, ex cachas y ex Tarzán de una película de la Warner que hacía el griego como los dioses del Olimpo. “Irónico ¿no?”, pensaba, “años haciendo sufridamente el interruptus latino y lo que le iba era la Grecia Antigua”.

Sin embargo, no era solo ella la que tenía la culpa de su onicofagia y eso lo sabía bien; aunque cada cierto tiempo, y solo por sacar a flote lo que todos tenemos de canonizado, de beata, y en definitiva de mártir, le gustaba recordarlo.

Tras aquello, sobrevino, de nuevo, la etapa del desatino nervioso y, otra vez, el psicólogo.

Desbocado, con los colegas de oficina, comenzaron las cenas, las juergas flamencas y las visitas al puticlub, que lo dejaron famélico. De pronto un día por la calle un encuentro inesperado. Teresa, una antigua amiga come-hombres, de la que nunca se deshizo del teléfono, se presentaba divorciada tres veces, viuda otras tantas y madre servicial de seis pequeñuelos y con la cadencia de una buena caída de ojos y un “¿Cómo te va Jaimín?” consiguió una primera cita. Contar lo del divorcio, con pena, siempre daba resultado ya que, después, solía sobrevenir un consuelo generoso. Así que todo transcurrió en una tarde de burger y de allí regresaron de nuevo, como una bendición, la cama sin pago, el suelo, y una mesa de pino.

Una noche íntima de cava y confesiones le dijo aquello de “tengo que decirte algo, te va a encantar, ya verás” y la muy coneja estaba preñada. Otra vez el “sí quiero”, ella era muy tradicional, y tras dos años de supuestos amantes, mil jaleos, reconciliaciones con semanas enteras sin salir de la habitación y dos sustos de fertilidad negociable más, todo finalizó en un nuevo divorcio.

Después de dejarlo sin un duro ella montó una peluquería, todas lo hacen tarde o temprano, con trastienda de venta de alcohol y drogas y, a veces, esporádico burdel -por supuesto nada demostrable- y puso encima de la puerta un exquisito letrero de neón rojo estilo inglés.

Ni más visitas al psicólogo, ni más doscientos euros del ala. Un vídeo y tres semanas encerrado, viendo películas de John Wayne, resultaron suficientes para curar el desamor, hasta que un día decidió hacerse la vasectomía y cortar, de una vez por todas, con aquella fuente de suministro, con aquel almacén de hijos en potencia.

Pruebas cardiológicas, un par de extracciones de sangre, un nuevo test psicológico que se sabía de memoria y, por último, el análisis de esperma. “Pásese mañana”, la enfermera. “Todo va bien”, el doctor.

Era ya noviembre y comenzaba a hacer frío. Las noches que se pasaban muy lentamente, y en soledad, eran lo peor de los divorcios. Al día siguiente temprano se levantó, se vistió y se fue a la clínica.

Estuvo esperando cerca de una hora en una antesala perfumada en la que había, al menos, una docena de sillas apiñadas, una mesa en el centro con un jarrón con flores de plástico y un acuario con peces invisibles, lleno de hojas multicolores de plexiglás.

Había poca gente.

Por una puerta asomaba la cabeza de la enfermera del día anterior. “¿Jaime Díaz?”, y de repente, transportado, recordando una voz interna de su niñez, se levantó rígido gritando “¡Presente!”.

Todavía avergonzado, mientras bajaba por la calle, retumbaba en sus oídos eso de “lo siento, pero no podemos hacerle la vasectomía, no es necesario porque es usted estéril” y entonces recordó las paperas y una mala operación de apendicitis.

Pero ¿y todos sus hijos?

Ahora por fin comprendía por qué se mordía las uñas.

Relato extraído del libro “Ratos de Relatos”, Visión Libros, ISBN:978-84-9011-466-7



© 2019 por los autores; Esta obra está sujeta a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.